

JABLONKA, Ivan, *L'histoire est une littérature contemporaine. Manifeste pour les sciences sociales*, Paris Seuil, 2014.

El historiador Ivan Jablonka acaba de publicar su último libro titulado *L'histoire est une littérature contemporaine. Manifeste pour les sciences sociales* en la editorial Seuil. Jablonka es el puro producto de la escuela republicana francesa ya que realiza sus estudios secundarios en el Liceo Buffon antes de integrar el prestigioso Liceo Henri IV en khâgne, lo que le permite entrar en la Escuela Normal Superior (promoción de 1994). En la ENS prepara y consigue la Agregación de Historia, condición imprescindible para convertirse en profesor de Universidad en Historia. Alumno de Alain Corbin y Jean-Noël Luc en la Universidad de la Sorbona, lee su tesis doctoral en 2004 sobre los niños de la Asistencia Pública durante la Tercera República y se convierte, un año más tarde, en profesor titular en Historia contemporánea de la Universidad del Maine. En 2013 accede a la cátedra de Historia por la Universidad de París 13. Simultáneamente, es redactor jefe de *La vie des idées* y codirector, junto con Pierre Rosanvallon, catedrático del *Collège de France*, de la colección *La République des Idées* en la editorial Seuil.

Jablonka es autor de una abundante y original producción historiográfica que debuta en 2004 con la biografía de Jean Genet titulada *Les vérités inavouables de Jean Genet*. En esa obra, Jablonka estudia la trayectoria social, política y literaria de ese escritor francés, desde la Asistencia pública hasta su lucha a favor de la independencia de Palestina. Tras publicar su tesis doctoral, edita, en 2007, *Enfants en exil: transfert de pupilles réunionnais en métropole (1963-1982)* donde analiza el desplazamiento de 1630 niños de la Isla de la Reunión a la metrópoli gala. Más de sesenta departamentos franceses, principalmente en el Massif Central y el Sur Oeste, han recibido pupilos de la DDASS (Dirección Departamental de los Asuntos Sanitarios y Sociales) de la Reunión. El objetivo de esta migración forzosa, dirigida por Michel Debré, era luchar contra la sobrepoblación de la Isla y el poblamiento de desiertos rurales de la metrópoli. Jablonka demuestra que esa transferencia de niños no ha sido un error sino una deportación calculada “secuela del colonialismo en la Francia de la V República”².

Pero, sin lugar a dudas, su libro más novedoso e íntimo es *Histoire des grands-parents que je n'ai pas eus* (2012) en el cual cuenta la vida y muerte de Matès e Idesa Jablonka, abuelos paternos del autor. Narra sus vidas desde su Polonia natal hasta el campo de concentración y de exterminio de Auschwitz pasando por su compromiso en el Partido Comunista Polaco, el exilio en Francia y el régimen colaboracionista de Vichy. Ese relato-ensayo, basado en una veintena de fondos de archivos y en numerosos testimonios, intenta dar vida a estos familiares desaparecidos en una labor que se sitúa entre historia, memoria y trabajo de duelo. Publicado en la editorial Seuil, en la colección *La librairie du 21ème siècle* dirigida por Maurice Olender, ese libro consigue numerosos premios tales como el Premio del Senado del Libro de Historia de 2012, el Premio Guizot de la Academia Francesa de 2012 y el Premio Augustin Thierry de los Encuentros de Historia de Blois de ese mismo año.

² Le Monde: 19 de noviembre de 2009.

La presente obra, titulada *L'histoire est une littérature contemporaine. Manifeste pour les sciences sociales* y publicada en la misma colección que la anterior, constituye un intento de teorización y sistematización de *Histoire des grands-parents que je n'ai pas eus*. De hecho, el propio autor reconoce que esa obra “es el heredero y el doble de otro libro *Histoire des grands-parents que je n'ai pas eus* (...). Ese ensayo de bibliografía familiar ha directamente inspirado el presente libro, y este último constituye su base teórica” (p. 17). A su vez, ese intento de conciliar historia y literatura responde a un deseo de unir sus dos vocaciones y de no querer elegir una en detrimento de la otra. Durante un largo periodo consideró “que era impensable conciliar ciencias sociales y creación literaria, y más aún pretenderlo públicamente” (p. 18). Reconoce que lo vivía como una suerte de sufrimiento. Varios años, intentos y encuentros fueron necesarios para que decida emprender una nueva vía que intente conciliarlas. Por último, Jablonka estima que, si las ciencias sociales deben ser discutidas por especialistas, es fundamental que sean leídas, valoradas y criticadas por un público más amplio (p. 8) puesto que son un “servicio público” (p. 317).

Fundamentalmente, este libro pretende responder a tres preguntas: 1) ¿Cómo renovar la escritura de la historia y de las ciencias sociales? 2) ¿Se puede definir una literatura de la realidad, una escritura del mundo? y 3) ¿Pueden concebirse unos textos que sean a la vez literatura y ciencias sociales? (p. 9)

Según Jablonka, “conciliar ciencias sociales y creación literaria, es intentar escribir de manera más libre, original, justa y reflexiva, no para debilitar la cientificidad de la investigación, sino al contrario para reforzarla”. Estima que “la historia es más científica cuando es más literatura” (p. 8). De la misma forma, considera que “la literatura es compatible con la perspectiva de las ciencias sociales. Los escritos sobre la realidad (encuesta, reportaje, diario, relato de vida, testimonio) contribuyen a la inteligibilidad del mundo. Forman una literatura que, a través de un razonamiento, aspira a comprender el pasado y el presente” (contraportada). De hecho, “la escritura de la historia no es simplemente una técnica sino una elección. El investigador se encuentra ante una posibilidad de escritura. Recíprocamente, una posibilidad de escritura se ofrece al escritor: la literatura está dotada de una aptitud histórica, sociológica, antropológica” (p. 7).

Haciendo una genealogía de las nociones de historia y literatura como géneros e instituciones en el seno de una economía de las producciones intelectuales (p. 23), sabiendo que la relación entre ambas empezó hace veinticinco siglos, el autor constata que la separación de la literatura y de la historia data del siglo XIX y dicho alejamiento se basa en dos postulados: las ciencias sociales no tendrían alcance literario y los escritores no producirían conocimiento (p. 7). Más aún, la preocupación principal de las ciencias sociales ha consistido en alejarse lo más posible de la literatura y ambas disciplinas se ven conceder virtudes y debilidades características y antagónicas (p. 42). Según la historiografía “cientista” “la ciencia y la literatura se excluyen mutuamente y esta última es contraria al saber” (p. 102). En ese sentido, Jablonka considera que el paradigma metódico ha intentado arrancar la historiografía a sus raíces, es decir la escritura y el compromiso personal (p. 159) en nombre de la objetividad. En nombre de la cientificidad, la historiografía ignora la carga demostrativa y cognitiva

de la literatura contenida en los relatos de viajes, las encuestas, memorias y novelas (p. 159).

Va más allá incluso al considerar que la historiografía ha abandonado a la literatura el compromiso personal, los desafíos de la encuesta, la incertidumbre del saber, las potencialidades de la forma, la emoción y el placer del lector (p. 96). Y estima que la enseñanza superior ha desempeñado una función relevante en esta materia puesto que, “en la Universidad, los mecanismos están en marcha para justificar la total indiferencia hacia la escritura, el texto, la construcción, el ritmo, la lengua y, por supuesto, el lector” (p. 96).

Ese distanciamiento resultaría de varios malentendidos. El primero consistiría en asociar la historiografía al fondo como si esta no pudiese escribir, construir una narración, llevar a cabo un trabajo sobre el lenguaje y tener una ambición estética (p. 247). El segundo se basa en el hecho de que la historia daría cuenta de la realidad careciendo de cualquier creatividad. En realidad, como lo subraya Jablonka, “el historiador inventa hechos en la medida en que los busca, los establece, los selecciona, los ordena, los jerarquiza, los vincula en cadenas explicativas” (p. 248). El tercer malentendido consiste en asociar la historiografía al largo plazo y a las tendencias, ocultando el hecho de que se interesa por el acontecimiento y la subjetividad de los actores porque hace escuchar los sin voces y porque está motivada por una búsqueda de la verdad, “capaz de transformar una obsesión íntima en cuestión socialmente útil” (pp. 248-249).

Para Jablonka conviene encontrar una tercera vía que se sitúe entre la literatura de las Bellas Letras y la historiografía “cientista” que no consista en una mera “litoralización” de la historia (p. 249). De hecho, desde el inicio del siglo XX, la historiografía se ubica entre la literatura y las ciencias exactas (Jablonka, p. 9). Según Jablonka, para salir de este dilema, es preciso considerar que la aspiración literaria del investigador en historia es sinónimo de beneficio epistemológico, avance reflexivo y rigor analítico (p. 13), dado que se trata de implantar un método en una escritura (p. 14). De la misma forma, el hecho de prestar cierta atención a la forma, no tiene por qué suponer una menor científicidad, dado que la historiografía se caracteriza por el distanciamiento, la encuesta, la comparación, la prueba, la refutación y búsqueda de la verdad (p. 161 a 186).

Sobre la base de estas premisas, Jablonka propone una refundación de la historiografía en particular y de las ciencias sociales en general, elaborando un nuevo paradigma cuyos fundamentos son los siguientes:

- En primer lugar, tanto la historia como la literatura tienen una vocación narrativa (p. 11), de modo que la historiografía pueda apropiarse una escritura más sensible, libre y bella (p. 14) que sea más acorde con las aspiraciones del historiador. En otras palabras, debe reapropiarse la idea que se trata igualmente de una forma (p. 96).
- En segundo lugar, considera imprescindible que las ciencias sociales rehabiliten el papel del lector (p. 280), da cara a no reducir la discusión a un círculo restringido de especialistas y a desempeñar un papel que sea útil socialmente.
- En tercer lugar, “no hay que dudar en elegir un tema que nos afecte personalmente, en emprender una investigación motivada por un acontecimiento personal, una búsqueda identitaria (p. 281).

- En cuarto lugar, a su entender, “la objetividad en historia no tiene nada que ver con la extinción del Yo, la neutralidad, la ocultación (...) del narrador” (Jablonka, 2014: 286), sino que “se basa en la descripción de su posición, paso previo a la crítica individual y colectiva de sus hipótesis” (Jablonka, 2014: 286).
- En quinto lugar, el historiador debe dar cuenta del proceso de investigación, es decir de “cómo se fabrica el conocimiento” (p. 295).
- En sexto y último lugar, recomienda un mayor diálogo con las demás ciencias sociales, tales como la sociología, la ciencia política o la antropología.

En definitiva, Jablonka piensa que, “hoy en día, la historia y la sociología son suficientemente legítimas en la sociedad y están suficientemente instaladas en la Universidad para poder abrirse de nuevo a la literatura” (Jablonka, 2014: 305); más aún sabiendo que cuando habla de una historiografía más literaria, habla de una disciplina más rigurosa, transparente, reflexiva y honesta con sí misma. En resumen, propone otra manera de escribir las ciencias sociales y de concebir la literatura de la realidad (Jablonka, 2014: 17), dado que, en materia de literalidad, “las ciencias sociales han acumulado cierto retraso” (p. 275).

En suma, la última obra de Ivan Jablonka titulada *L’histoire est une littérature contemporaine. Manifeste pour les sciences sociales* es muy estimulante ya que, a través del estudio de la relación que mantienen historia y literatura, cuestiona y replantea numerosos principios que se encuentran en la base de la epistemología historiográfica desde el siglo XIX. Pero, lejos de limitarse a una crítica minuciosa y a una labor de desconstrucción, Jablonka propone una solución alternativa perfectamente articulada analíticamente. Y para ser coherente con su planteamiento teórico, recurre a un estilo literario que agradece el lector y que no se hace en detrimento del rigor expositivo. No en vano, y de cara a matizar esta valoración positiva, hubiese sido interesante que el autor hubiera resumido sus principales tesis en un apartado final. De la misma forma, dado que propone un nuevo paradigma, hubiese sido lógico que diseñara un programa de investigación para los años venideros.

En cualquier caso, esta obra así como la anterior dedicada a la vida de sus abuelos paternos, ponen de manifiesto la gran creatividad y talento de la que hace gala Jablonka que se ha convertido en uno de los historiadores más brillantes e innovadores de su generación tanto en Francia como en Europa.

Eguzki URTEAGA
Universidad del País Vasco